



E L D U E N D E V E R D E

LA BOBADA CELESTE

Paloma Bordons

Ilustración:
Fran Collado



ANAYA

*Para la explotación en el aula de este libro,
existe un material con sugerencias didácticas y
actividades que está a disposición del profesorado
en nuestra web.*

© Del texto: Paloma Bordons, 2017
© De las ilustraciones: Fran Collado, 2017
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2017
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, marzo 2017

Diseño: Taller Universo

ISBN: 978-84-698-3367-4

Depósito legal: M-2485-2017

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



EL DUENDE VERDE

Paloma Bordons

LA BOBADA CELESTE

Ilustración: Fran Collado

Q U E R I D O L E C T O R

Una vez, cuando tenía más o menos tu edad, vi el cielo estrellado más alucinante que te puedas imaginar. Fue en una noche de verano sin luna, en un monte negro negrísimo. Ahí vi caer mi primera estrella fugaz. Me quedé embobada. No he vuelto a ver una noche así, y créeme que lo he intentado. A lo mejor ya no hacen noches como *mi* noche. O será que ya no sé mirar como es debido.

Con la idea de *mi* noche en la cabeza, y poco más, empecé esta historia. Enseguida me llevó a sitios que no esperaba, donde para colmo solía ser de día. Me suele pasar cuando escribo: No sé dónde voy a acabar ni con quién me voy a topar por el camino. No muy distinto a lo que te pasa a ti cuando abres la primera página de un libro.

Y ahí está la emoción, ¿no? Hazme el favor de disfrutar leyendo mi *Bobada*. Y, si no, al menos ten en cuenta esta recomendación: ¡atención a las buenas noches estrelladas! Sirven para darse cuenta de lo maravilloso que es el mundo. Y atención a los buenos libros. Sirven para lograr lo mismo de una manera totalmente distinta. No todas las noches serán tu noche, ni todos los libros serán tu libro, pero yo que tú no dejaba de buscar ninguna de las dos cosas.

Ah, que no se me olvide otro consejo, este sí que es el último: no comas polvorones en agosto.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Felomena', with a stylized flourish at the end.

1

ESTRELLAS Y LASAÑA

ESTUVIMOS jugando al fútbol en el parque hasta que se hizo de noche, Marcos y yo contra su padre. Un partidazo.

—Mejor lo dejamos ya, que no se ve nada —dijo su padre.

—¿Qué dices? Se ve de miedo —dijo Marcos, justo antes de estrellarse contra un árbol.

Por su culpa tuvimos que parar. Ya habían salido unas pocas estrellas. Como estábamos muy cansados, nos tumbamos en la hierba y el padre de Marcos nos fue diciendo los nombres.

—Esa que brilla tanto es Venus. En realidad no es una estrella, sino un planeta. Es la primera en salir y la última en desaparecer cuando amanece. ¿Veis esas siete que forman como un cuadrado con un rabito? ¿Sabéis cómo se llaman?

—La Osa Mayor —contestó Marcos—. Eso lo sabe cualquiera.

Yo no lo sabía.

—La Osa Mayor sirve para encontrar la Estrella Polar —continuó su padre—. Basta con seguir con el dedo la...

—Eso, ¡basta, papá! Para de darnos el rollo.

—¡No! Sigue —pedí yo.

Siguió durante un buen rato, porque iban apareciendo constelaciones nuevas y yo quería saber el nombre de todas. Hasta que Marcos dijo que tenía hambre y que las estrellas no se comían.

—¡Jo! Te las sabes todas —le dije al padre mientras volvíamos a la casa.

—Desde siempre me ha interesado la bóveda celeste.

—¡A mí no me parece una bobada! —protesté.

—«Bobada», no, ¡bóveda!, bruto —me corrigió Marcos, que se cree muy listo—. La bóveda celeste es el cielo dicho en fino.

Su padre soltó una carcajada.

—¡La bobada celeste! ¡Esta sí que es buena!

De tanto como se reía se tuvo que parar. Cuando seguimos andando me quedé atrás, dando patadas a una piedra.

—¡Eh, Lorenzo! —me llamó el padre de Marcos—. No te habrás enfadado, ¿no?

En vez de contestar hice volar la piedra por los aires.

—Buen chute —dijo él.

La piedra se había ido a lo oscuro y no pude recuperarla.

—No me estaba burlando de ti, ¿eh? —siguió el padre—. Me reía porque lo de la bobada celeste me parece genial. Toda una ocurrencia.

Me hizo un pase con una piedra nueva. Se la devolví.

—Parece que te interesan las estrellas, ¿no? —comentó.

—Sí —dije.

La verdad es que hasta entonces nunca me había fijado mucho en ellas. Desde mi casa casi no se ven.

—Entonces, a lo mejor te quieres unir a nuestra expedición astronómica.

—¿Qué expedición es esa?

—Papá... —susurró Marcos, tirándole de la manga.

—Es un plan que tenemos Marcos y yo —siguió su padre—. Este verano vamos a ir una noche al campo, donde no haya nada de luz...

—¡Papá! —dijo Marcos más fuerte, como enfadado.

—Nos vamos a quedar toda la noche al aire libre, mirando el cielo y sin dormir, contemplando la...

—Bobada celeste —gruñó Marcos.

—¿Te apuntas? —me preguntó su padre.

—¡Claro!

—Yupi —gruñó Marcos.

—¿Sabes qué día sería bueno para ir? —siguió el padre—. Pues precisamente el día de san Lorenzo.

—¿Cuándo es eso? —pregunté.

—¿No sabes cuándo es tu santo?

—En mi casa no celebramos los santos —murmuré. Y otra vez me sentí un poco bruto, como con la bóveda.

—Es el diez de agosto —dijo el padre—. Y la noche de san Lorenzo es famosa por su lluvia de estrellas.

—¿Llueven estrellas?

—No exactamente. Es que se ven caer tantas estrellas fugaces que parece una lluvia. Hay quien las llama lágrimas de san Lorenzo. ¿Sabéis por qué?

—¡Ni lo sabemos ni nos importa! —rezongó Marcos.

—¡Mira que eres cascarrabias! —Su padre le dio una patadita en el culo, en broma. Marcos se la intentó devolver, y así siguieron, persiguiéndose, hasta la casa.

Me hubiera gustado que me explicara lo de las lágrimas.

En casa de Marcos olía de muerte. Había lasaña para cenar y repetí dos veces. Su padre le contó a su madre lo de la bobada celeste, que no sé por qué le hacía tanta gracia, pero esta vez no me molestó.

—¡Este Lorenzo es genial! —exclamó.

Y pareció que yo había dicho queriendo lo de la bobada y en vez de un bruto era un chico superingenioso.

De tanto comer, y de tanto reírme de los chistes que contó el padre durante la cena, me dio un dolor de tripa bestial.

—¡Uf! —dije cuando me tumbé en la cama.

Marcos no dijo nada. Al rato vino su madre a darnos las buenas noches y nos apagó la luz, aunque era bastante temprano. Yo no tenía sueño. Cogí la linterna que había en la mesilla y me puse a proyectar sombras contra la pared para que Marcos adivinara qué eran, como habíamos hecho la otra vez que me quedé a dormir.

Hice un perro.

—Pelota —dijo Marcos.

Hice un camello.

—Pelota —dijo Marcos.

Hice una paloma, clarísima.

—Pelota —gruñó Marcos.

—¿Qué pelota ni qué porras? —Ahí ya me enfadé—. Jo, tío, eres malísimo adivinando.

—Digo que tú eres un pelota —dijo Marcos—. Te has pasado la tarde haciendo la pelota a mi padre, escuchando sus batallitas y riéndole las gracias.

—No le hago la pelota. Es que me cae bien de verdad.

—Sí, tú a él también le caes de miedo —dijo Marcos en un tonito estúpido—. Le caes mejor que yo, que soy su hijo. Deberíais ir los dos solos a ver estrellas.

—Eres un imbécil.

Apagué la linterna. Nos quedamos callados en la oscuridad, Marcos y yo. Si es que ese que estaba en la cama de al lado era Marcos. Desde luego, no se parecía nada al Marcos que yo conocía. Marcos había llegado al cole hacía solo un par de meses. En clase era tímido, hablaba poco y sonreía más de la cuenta. Se le notaba que quería hacer amigos. No se enfadaba con ninguno de nosotros, y eso que le tomábamos bastante el pelo, porque era muy inocentón. Desde luego, en clase no se le habría ocurrido llamarme pelota o bruto.

—Lorenzo...

Marcos sonaba otra vez un poco lastimero, como el Marcos del cole. No contesté.



—Lorenzo, que ya sé que no eres un pelota. Eres el que mejor me cae de la clase.

—Qué ilusión.

—Quiero decir, que si alguien tuviera que venir con nosotros a ver estrellas fugaces, pues mejor que fueras tú. Pero prefiero que no venga nadie, porque hay cosas que uno las tiene que hacer a solas con su padre, ¿no?

—No sé —gruñí—. No tengo padre.

—¿Se ha muerto?

—No. Es solo que no tengo.

—Si no se ha muerto, lo tienes. Todo el mundo tiene padre y madre. ¿Es que no sabes de dónde vienen los niños?

—¡Pues claro que lo sé! ¿Te crees que nació ayer? —salté. A ver si ahora el pardillo de Marcos me iba a dar lecciones—. Lo que pasa es que mi padre se fue antes de que yo naciera y no lo conozco.

—Pues en algún sitio tiene que estar.

—Supongo.

—¿Nunca te escribe ni te llama?

—No.

—¿Ni te manda un regalo por tu cumpleaños?

—No —gruñí.

Y al decirlo me di cuenta de la birria de padre que me había tocado. Que es algo que no solía

pensar porque nunca pensaba en mi padre. Mi madre y yo no hablábamos de él. Si alguien le preguntaba por mi padre, ella siempre respondía lo mismo: «No estamos en contacto».

Marcos se quedó callado un rato y luego dijo:

—Si vienes vas a necesitar un saco de dormir.

¿Tú tienes saco?

—No me hace falta saco, porque no pienso ir.

—Pues te perderás la lluvia de estrellas.

—¡Para lo que me importa! —mentí.

Me moría de ganas de ver una lluvia de estrellas. ¿Cómo sería? ¿Te quemarían si te caían encima? Esperé a ver si Marcos me lo pedía otra vez. Entonces le diría que bueno, que iría con él y con su padre la noche de san Lorenzo. Pero no me lo pidió. O a lo mejor cuando me lo pidió ya me había quedado dormido.

Í N D I C E

1. Estrellas y lasaña	7
2. Pobrecito yo	16
3. Clotilde.....	21
4. La gripe.....	24
5. Un amigo que no miente.....	32
6. El ladrón.....	37
7. Marcos sí que puede comer alfajores ...	47
8. Charlie	55
9. La familia feliz.....	63
10. Charlie es un hombre libre	68
11. Verano sin piscina	74
12. De bares.....	80
13. Las fiestas de Lavapiés.....	85
14. La discusión.....	94
15. Cosas de hombres	97
16. En remojo.....	104
17. Gómez	112
18. ¿Prohibido es malo?	119
19. Acosado	124
20. La bolsa.....	131
21. La lavadora.....	136
22. Clotilde y sus caprichos.....	150
23. La bobada celeste.....	157



EL DUENDE VERDE

El padre de Marcos le va a llevar de excursión para ver una lluvia de estrellas.

A Lorenzo le encantaría tener un padre para poder hacer con él cosas así de emocionantes.

Entonces aparecerá Charlie, el nuevo novio de su madre; un tipo duro con el que va a hacer cosas muy emocionantes.

Quizá demasiado...

Edad recomendada
para este libro:

A partir de 10 años

ISBN 978-84-698-3367-4



9 788469 833674

www.anayainfantilyjuvenil.com

1571209

ANAYA